

La fe: otra mirada para leer la historia

Monseñor Romero: una clave de lectura testimonial

**María Clara Luchetti Bingemer,
Pontificia Universidad Católica,
Río de Janeiro**

Llegará inevitablemente el tiempo de la Pascua. Aparentemente las cárceles, los martillos, los clavos (y las balas) siempre parecen destrozarlo todo, pero en realidad siempre llegan tarde, pues ya la palabra está sembrada en muchos vientres generosos y fecundos. El profeta extirpado no ha tenido éxito, pero ha sido fecundo en el vientre de la historia donde se gesta sin receso la novedad del proyecto de Dios.

Benjamín González Buelta, S.J.

Hay personas exitosas y hay personas que dan fruto, fecundas. Hay personas que marcan la historia ganando muchísimo dinero, accediendo a puestos importantes y honoríficos. Y hay personas que la marcan sembrando justicia, verdad y solidaridad. En palabras de Andrés Torres Queiruga, estas últimas pueden no tener tanto éxito visible, pueden incluso terminar su vida en aparente fracaso, pero su fruto hablará por ellas cuando las hubieren acallado las fuerzas del odio, de la opresión y de la injusticia.

Así ocurrió con Jesús de Nazaret. Así ocurrió, y así ocurre, con monseñor Óscar Romero, cuyo XXX aniversario de martirio celebramos ahora. La encíclica *Evangelii nuntiandi* dice muy acertadamente que el hombre de hoy ya no escucha a los maestros, sino a los testigos. Y si escucha a los maestros, es porque son testigos¹. Monseñor Romero ha sido, a nuestro entender, maestro y testigo.

1. Cfr. *Evangelii nuntiandi*, n. 41.

Pastor del pueblo de Dios en la Iglesia de El Salvador, enseñaba de palabra y con el ejemplo. Testigo de Jesucristo, fue coherente con lo que entendía que le pedía el Evangelio que profesaba y con el Dios en quien creía, hasta dar su vida por aquello en que creía. Tuvo la oportunidad de frecuentar los salones de los poderosos y dialogar con ellos para buscar soluciones a la situación de tremenda violencia e injusticia en que vivía su país. Pero prefirió, decidida y claramente, ponerse del lado de las víctimas —los pobres y perseguidos de muchas formas— y correr la misma suerte que ellas y ellos.

Hace treinta años fue asesinado mientras celebraba la eucaristía, pero sus palabras están vivas en nosotros y en todos aquellos que, hoy como ayer, luchan por un mundo más humano y más según el corazón de Dios.

En esta ponencia intentaremos reflexionar sobre la síntesis de fe e historia que nos parece ser el gozne central del dinamismo interior y del proceso vivido por monseñor Romero en los últimos años de su vida. Buscaremos, primero, asentar el marco teológico sobre cómo la historia desafía a la fe cristiana desde siempre, una vez que el Dios de la revelación se manifiesta y dice su nombre en situaciones muy concretas de tiempo y espacio, en medio de conflictos y realidades imprevisibles.

Trataremos, después, de ubicar a monseñor Romero dentro de ese dinamismo histórico. Nuestro intento será ver cómo su “segunda conversión”, ya nombrado arzobispo, fue producida por los desafíos que la realidad histórica le ponía delante y que él intentaba leer con una mirada iluminada por la fe. Aparecerá no solo la transformación de su mirada a la realidad de la injusticia socio-económico-política de su país, sino también al interior de la Iglesia y de la manera de concebirla.

Eso nos llevará a nuestro tercer punto, que será reflexionar sobre monseñor Romero como mártir de Jesucristo. Nuestro intento aquí será ver cómo la vida y la muerte de monseñor Romero, en perfecta coherencia y conexión la una con la otra, nos remiten a la impresionante semejanza con la pasión de Jesús de Nazaret, y a la manera como el profeta galileo vivió y asumió su destino. Y mostraremos cómo el martirio del obispo salvadoreño ha sido semilla fecunda no solo para su Iglesia particular, sino para muchas otras comunidades y personas alrededor del mundo.

Finalmente, nos detendremos en el Dios que estaba en el centro de la fe de monseñor Romero. El Dios que era el sujeto y el objeto de su fe, Aquél a quien se dirigían sus pensamientos, sus acciones, su amor, sus decisiones. Intentaremos ver cómo para él ese Dios era inseparable de la historia y sus vicisitudes, y sobre todo era inseparable del pueblo a quien servía como pueblo de Dios.

Esperamos que el itinerario de esta reflexión teológica pueda llevarnos a algunas conclusiones sobre el legado de monseñor Romero treinta años después

de su martirio, para que las comunidades puedan seguir bebiendo de esa fuente fecunda que es su figura, su vida y su muerte. Ojalá en estos nebulosos y difíciles tiempos postmodernos en que vivimos, parcos en utopías, podamos encontrar renovado fervor, contemplando el testimonio de fe de ese pastor totalmente entregado a Dios y a su pueblo.

1. El desafío de la historicidad

El ser humano es un ser histórico, además de ser un ser relacional, intersubjetivo, dialogal. La historia, sin embargo, es siempre historia de una comunidad —de un pueblo— más que de uno o más individuos. Es el conjunto del acontecer universal como determinación y obra del ser humano.

¿Pero cómo puede la palabra humana hablar de Dios dentro de la historia? ¿Cómo relacionar a Dios e historia, si Dios trasciende la historia? ¿No es Dios el motor inmóvil, atemporal, intemporal? Y la historia ¿no es el terreno de lo provisorio, de lo contingente, de la caducidad? Más aún, ¿no es la historia el terreno del conflicto, de la lucha, de la ambigüedad? ¿Cómo puede Dios, que es Verdad absoluta y transparente, revelarse en medio de las sombras y dolores del tiempo y del espacio?²

Aunque la revelación también se dé a través de la naturaleza, de la creación, del mundo visto y contemplado que nos eleva en su belleza, revelando la presencia del artista que lo concibió, la historia, unida a la creación, es un espacio donde el pueblo de Israel y la primera comunidad cristiana percibieron de forma privilegiada la presencia y la acción de Dios.

Para el cristiano, por lo tanto, es fundamental la convicción de que Dios —además de revelarse en la creación y de poder ser encontrado a partir y a través de la naturaleza— también se reveló y se revela en la historia. No hay que salir de la historia para oírlo, encontrarlo y recibir su revelación. Pero es en la historia misma, en esta historia concreta, donde podremos oír su Palabra y captar lo que ella quiere decir. La revelación cristiana, por tanto, además de ser una revelación cósmica (que se da a conocer en el mundo, en la creación, en la naturaleza), es una revelación histórica³.

El hecho de un Dios que se comunica con hombres y mujeres, hablando con ellos y ellas en medio de la historia, es central en la visión cristiana. Por esto el pueblo de Israel fue percibiendo que las cosas que iban ocurriendo en su historia de cautiverio y liberación, en su lucha por encontrar asentamiento en una tierra, en su necesidad de organización política, etc. no eran acontecimientos separados

2. Cfr. K. Rahner, *Curso fundamental sobre la fe*, Grado 5.º: “Historia de la salvación y de la revelación”, 1979, pp. 172-213.

3. *Ibidem*.

y distantes entre sí, ni tampoco cosas que solo decían algo sobre lo inmediato de cada momento. Llevaban en sí un sentido mayor que era necesario escuchar con mucha atención, porque allí estaba, en persona, el mismo Dios⁴.

Experimentando la comunicación de Dios y oyendo su Palabra en medio de los acontecimientos históricos e interpretando esa experiencia, el pueblo fue configurando el proyecto histórico y salvador que Dios deseaba. Y entendió lo que después escribió sobre la revelación de Dios a Moisés, lo que desembocó en la liberación del pueblo del cautiverio de Egipto y en su caminar hacia la tierra de la liberación. Dios se revela hablando a Moisés de lo que ve en la historia del pueblo y de aquello que pretende hacer en esta historia, en favor de este pueblo que tanto ama: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he escuchado sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a liberarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel... La queja de los israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios” (Ex 3, 5-9).

Por eso también el pueblo de Israel, lejos ya del cautiverio de Egipto y asentándose en la tierra de promisión, para no olvidarlo repetía todos los días la revelación de ese Dios que se había mostrado tan poderosamente en su historia: “Mi padre era un arameo errante; bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres; allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso. Los egipcios nos maltrataron y nos humillaron, y nos impusieron dura esclavitud. Gritamos al Señor, Dios de nuestros padres, y el Señor escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestros trabajos, nuestra opresión. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con terribles portentos, con signos y prodigios. Nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel” (Dt 26, 5-9).

La experiencia que tiene este pueblo según la Biblia es paradigmática para nosotros. Y ciertos acontecimientos, claramente históricos en la historia del pueblo de Israel, apuntan más allá de sí mismos a una disposición y una providencia divinas. Y por eso deben ser narrados, contados, repetidos, una y otra vez, siempre, para que el pueblo crea y lo transmita a las generaciones futuras⁵.

Del mismo modo, en el Nuevo Testamento, la presencia y la revelación de Dios paradójicamente se dejan verificar en la impotencia y en el fracaso de la cruz, acontecimiento histórico que sitúa al cristianismo naciente, teniendo que encontrar su identidad en un hombre que nació, vivió, sufrió y murió

4. *Ibidem*. Cfr. J. B. Libanio, *Teologia da Revelação a partir da modernidade, Revelação e história: reflexão introdutória*, pp. 283-306.

5. Cfr. P. Ricoeur, “Herméneutique de l’idée de Révélation”, en P. Ricoeur *et alii*, *La révélation*, Bruxelles, Publication des Facultés universitaires Saint-Louis, 1977, pp. 10-27.

violentamente en un determinado período de la historia humana. El sufrimiento y la muerte no son frontera para Dios. Y la primitiva comunidad cristiana lo comprendió porque, cuando hizo la experiencia de su Resurrección, escuchó lo que Dios decía a través de la muerte de Jesús. A partir de ella, releyó la historia y comprendió que se encontraba ante un acontecimiento no meramente lineal y cronológico, sino ante algo que hacía girar a la historia sobre sus goznes. Comenzaba una nueva era, en la que era necesario anunciar la Buena Noticia y construir el Reino a fin de que la propuesta de Jesús pudiera expandirse por el mundo y no quedara sofocada por instituciones que no le eran adecuadas. El cristianismo está, pues, fundado sobre el anuncio del Reino de Dios por Jesús, hecho acontecido en la historia, y por el anuncio de Jesucristo reconocido personalmente como Palabra viva de Dios, pronunciada sobre la historia.

Sin embargo, no podemos disponer de la totalidad de la historia. Asumimos la totalidad solo bajo forma de anticipación, expectativa y acción inspirada por ella. La historia no transcurre según las leyes de la necesidad. Está hecha por el ser humano y está condicionada por la libertad humana.

¿Pero qué sentido tiene afirmar que Dios preside la historia y, en verdad, percibir en esta historia los condicionamientos, parcialidades y provisionalidades que nuestra limitación introduce en ella? Si todo fuera absurdo, también lo sería nuestra propia existencia, y no podríamos vivir ni un instante más. El sentido no es solo la meta del hacer humano, sino también su fundamento y presupuesto. Experimentamos fragmentariamente el sentido que nos remite al Sentido — apenas vemos algunos signos y señales que marcan la historia y nos remiten al paso de Dios, Señor de ella, que nos abre camino—.

Afirmar un sentido presente en la historia es afirmar que comprometerse en la historia, luchar por la justicia, la paz y la libertad, es coherente, justo y necesario. Esperando y confiando siempre, pues Dios no es solo el Dios que habló a un pueblo en el pasado, sino igualmente el Dios que habla hoy, en la vida y la muerte de los hombres y mujeres que viven, sufren y se alegran a nuestro lado. Y es igualmente el Dios que viene, que va delante de nosotros abriéndonos futuro.

La fe cristiana, por tanto, tiene como elementos una Escritura siempre por descifrar e interpretar; una palabra siempre para ser escuchada y retransmitida a interlocutores, siempre otros y nuevos, de un acontecimiento históricamente situado que no cesa de reactualizarse en nuestra historia, desde el horizonte del final de los tiempos; una tarea ética de humanización a ser llevada adelante en la secularidad de la historia con todas las personas de buena voluntad. Así es como la fe cristiana, que es fe en la revelación de Dios, escapa a la fascinación de lo sagrado, donde nacen otras religiones, y trasciende los ritos y observancias donde aquéllas buscan su ejercicio y su culminación.

Ahí está un camino importante para la fe cristiana en el mundo contemporáneo: recuperar la narrativa de Dios que genera la fe. Y también, y no menos importante, recuperar la narrativa de los testigos que tejieron esa historia con su experiencia, con su compromiso, con su testimonio, con su sangre. Y eso sólo se da pensando esa fe como acontecimiento, como experiencia que se da en medio de la historia. Como mirada, como perspectiva para leer e interpretar esa historia. Como clave de lectura que permite comprender la historia desde la mirada de Dios.

Monseñor Óscar Arnulfo Romero es uno de esos testigos. Una de esas personas que son marcos luminosos, luces dentro del tiempo y se convierten en clave de lectura para permitirnos a nosotros, cristianos del siglo XXI, leer e interpretar esa historia en la cual estamos inmersos y en la cual somos llamados, también hoy, como él hace treinta años, a dar razón de nuestra esperanza y a dar testimonio de nuestra fe.

2. Romero, un testigo de la fe dentro de la historia

Como hombre de su tiempo, monseñor Romero estaba configurado por la formación que había recibido. Una formación que le fue dada por una Iglesia preconiliar, donde la vivencia de la fe y la práctica de la religión eran concebidas un tanto desvinculadas de la vida real y cotidiana de las personas. Hombre de fe y de oración, pastor dedicado a sus ovejas, así había vivido durante sus años de seminarista y sacerdote, y sus primeros años de obispo. Cumplía fielmente las exigencias de su condición y de su vocación, pero no estaba tan atento a la realidad histórica como *locus* privilegiado y fuente primordial para beber, leer, interpretar y vivir su fe cristiana.

El camino de monseñor Romero, en ese como en otros aspectos, es extremadamente coherente con el camino cristiano a lo largo de 2,000 años de historia. La fe cristiana fue desde sus comienzos una fe basada en el testimonio de otros. Los discípulos creyeron en Jesús, en quien reconocieron y a quien proclamaron Testigo Fiel⁶. Las mujeres creyeron que la tumba no era el lugar de aquél que estaba vivo, y de eso dieron testimonio. Los Apóstoles —después de cierta resistencia— creyeron a las mujeres. Y así comenzó el camino de esa propuesta de vida que fue conquistando el mundo conocido de entonces. Su fuente estaba en la palabra de algunos débiles seres humanos que decían: “Eso es verdad porque yo vi, yo experimenté. Doy testimonio y soy capaz de morir por ello”⁷.

6. Ap 1, 5; 3, 14.

7. J. I. González-Faus, *Calidad cristiana. Identidad y crisis del cristianismo*, Santander, Sal Terrae, 2006, pp. 85-103: Antropología cristiana y martirio.

La fe cristiana desde sus inicios es, por lo tanto, una fe de testigos y no tanto de textos⁸. Cada vez se vuelve más verdadera y verificable la afirmación de que hay que hacer una teología no tanto de textos, sino de testigos. Apelando a los testimonios de hombres y mujeres que fueron alcanzados por Dios en medio de la historia, se hace más evidente la diferencia entre fe y religión, fe e institución. La fe es un camino vital, una experiencia existencial e inalienablemente humana. La fe da sentido a la vida. La religión es el soporte doctrinal y moral, la expresión ritual y cultural de la fe. Está influenciada y configurada por una cultura, una situación, una tradición. Algunas de sus expresiones pueden y deben ser relativizadas.

Cuando aprendemos a distinguir lo que constituye la identidad más profunda de los hombres y mujeres de fe —lo que somos llamados a ser, así como a ayudar a otros a serlo—, en esta confusa y difusa contemporaneidad en la que vivimos, aprendemos mejor a distinguir fe y religión y dar a cada una su debido lugar y su debida importancia. Nuestros contemporáneos, con su visión crítica, sus interpelaciones muchas veces desconcertantes, su incredulidad o su religiosidad distinta a la nuestra, se convierten en buenos interlocutores para nosotros. Ellos y ellas nos muestran que la fe cristiana todavía tiene hoy un papel que desempeñar, siempre que no pierda su identidad en medio de los tiempos nebulosos en que vivimos. Para rescatar esa identidad, los textos son necesarios, pero a veces pueden no comunicar todo lo que sería necesario comunicar, sea porque son de otra época, sea porque el lenguaje es inadecuado, sea porque la cultura de la imagen ya exige otras formas de comunicación. En cambio, el testimonio sigue siendo elocuente, siempre verdadero, siempre transparente, siempre impactante. Los testigos siguen siendo los mejores teóricos de la fe que profesamos y que deseamos comunicar hoy como ayer. En ese sentido, siguen siendo los teólogos primordiales.

Monseñor Óscar Arnulfo Romero es uno de esos testigos. Su testimonio de vida y su muerte iluminaron, y siguen iluminando, el camino y la vida de varias generaciones. Siguen señalando que seguir a Jesús de Nazaret no se hace para calmar nuestras ansiedades y angustias y dejarnos dormir tranquilos, sino que es una propuesta que debe llevarnos hacia el corazón de la realidad tal como es y ponernos en el epicentro de los conflictos de la historia, al lado de las víctimas, tomando partido y levantando la voz en defensa de la vida. Esa actitud —que fue la de los profetas y la de Jesús— es arriesgada y puede exigir que nos mantengamos en ella, no solo hablando o denunciando, sino dando la vida por aquello en que creemos y sobre lo que hablamos.

Como sacerdote, Óscar Arnulfo Romero fue de corte tradicional. Ejercía su pastoral más al interior de la Iglesia, celebrando misas, impartiendo sacramentos,

8. Esa expresión es adoptada por algunos teólogos contemporáneos en sus obras más recientes, tales como J. B. Metz y J. Sobrino.

organizando su diócesis. Debido a su perfil sereno y no conflictivo fue designado por el Vaticano para ser obispo, porque no convenía en aquel momento alguien más destacado y conflictivo, que defendiese la causa de los pobres y de los oprimidos, en un momento en que, tras la Conferencia de Medellín, en 1968, y preparando la Conferencia de Puebla, en 1979, la Iglesia de América Latina veía crecer en su seno la teología de la liberación. Esa teología, que ponía a los pobres en el centro de su discurso y de sus preocupaciones, consideraba inseparables el anuncio de la fe y la práctica de la justicia.

Es curioso que la segunda conversión de monseñor Romero, conversión a la causa de los pobres y de los explotados, que eran las mayorías en El Salvador, haya ocurrido después de su nombramiento para las funciones de arzobispo. Mirando más de cerca esa conversión, vemos que es perfectamente coherente con el itinerario de un hombre honrado y bueno, cuyo corazón se mantenía abierto a la misión recibida y a la vocación sentida en su corazón. Y sobre todo, abierto al Dios en quien creía y al cual había consagrado toda su vida, así como al pueblo al que prometió servir como pastor. Desde su posición de obispo, de autoridad eclesiástica, pudo sentir de manera distinta la miseria de su pueblo y la violencia de los poderosos, que —como en muchos países del continente— mataban o hacían desaparecer a líderes, campesinos, sacerdotes, agentes de pastoral y a todos los que hiciesen oír sus voces en defensa del pueblo oprimido⁹.

La presencia de los testigos en la historia normalmente ocurre en cadena. Así fue como el testigo fiel Jesús de Nazaret, con su testimonio y su Pascua, suscitó los testimonios de sus discípulas y de sus Apóstoles, que, experimentando su Resurrección, superaron el miedo y pasaron a anunciar a los cuatro vientos que aquél que había sido muerto por la teocracia del sanedrín y por la *pax romana* había sido resucitado y constituido Señor y Cristo por su Dios y Padre. A su vez, el testimonio de los primeros cristianos, perseguidos por el Imperio romano durante cuatro largos siglos, escondidos en catacumbas y acusados de ateos e idólatras, en lugar de hacer desaparecer la peligrosa secta la hizo crecer y extenderse por el mundo, yendo a los gentiles y ganando nuevos adeptos.

Lo mismo ocurrió con monseñor Romero. Fue “convertido” a los pobres y a su causa, la causa de la justicia y de la verdad, por otro testigo: el jesuita padre Rutilio Grande. El padre Rutilio hizo fuertes denuncias contra la situación de pobreza del pueblo, la insensibilidad de las élites y la violencia del Gobierno. En una homilía en Apopa, el 13 de febrero de 1977 (treinta días después sería asesinado), dijo: “La eucaristía que estamos celebrando hoy alimenta este nuestro

9. Nos referimos a las sangrientas dictaduras de derecha que tuvieron su punto culminante en los años setenta y ochenta en países como Chile, Brasil, Argentina, Uruguay, en las cuales muchos cristianos —hombres y mujeres, laicos, sacerdotes, religiosos, obispos— conocieron la cárcel, la tortura, la muerte.

ideal de una mesa común para todos, con un lugar para cada uno y Cristo en medio"¹⁰. El 12 de marzo, cuando se dirigía hacia su tierra natal con otros cristianos para preparar una fiesta religiosa, fue asesinado por militares con una ráfaga de ametralladora. Don Óscar Romero dijo que el ejemplo del padre Rutilio y su muerte lo convencieron de ponerse apasionadamente del lado de los pobres y de los oprimidos de El Salvador¹¹.

Después de la muerte de Rutilio, Romero empezó a denunciar frontalmente a los poderes, gobernantes, militares y ricos, responsabilizándolos de todos los males que ocurrían en el país. El testimonio de Rutilio cambió su modo de mirar la historia. Romero seguía siendo el mismo hombre lleno de bondad, con un corazón grande y sensible, pero ya no veía la historia como proceso lineal ascendente que se dirige hacia una perfección inevitable. La miraba con más realismo, como realidad transida de iniquidad y que debía ser transformada. Y comprendió que las injusticias que, con la gracia de la fe, veía en la historia debían ser denunciadas y combatidas.

Romero no se calló ante las violencias de la guerrilla revolucionaria, pero mucho menos ante las perpetradas por los poderes oficiales. Entendió que su misión de pastor —que en aquel momento histórico, difícil y doloroso que vivía su país y su pueblo entendía como misión de toda la Iglesia— era levantar la voz y exponerse, colocándose claramente del lado de los más débiles y oprimidos. Por eso la expresión más vigorosa de su acción y de su lucha en favor de la justicia y de la paz, en defensa de los derechos humanos, la encontraremos en sus homilias dominicales, en las cuales analiza la realidad de la semana a la luz del Evangelio. Transmitidas por la radio católica, eran escuchadas en todos los rincones del país, dando esperanza al pueblo y suscitando la cólera de los poderosos.

La nueva mirada del buen pastor monseñor Romero también configuró su modelo de Iglesia. Hasta entonces miraba a la Iglesia según la visión más tradicional, anclada sobre el eje de la contraposición entre clero y religiosos *versus* laicado. En ese modelo tradicional, que imperaba antes del Concilio Vaticano II, la Iglesia se dividía en dos: Iglesia docente e Iglesia discente, la que enseñaba y la que aprendía, la que producía los bienes simbólicos y la que los consumía, la que mandaba y la que obedecía.

Monseñor siempre fue un hombre de gran bondad. Pero a partir de un determinado momento la misma realidad lo interpeló y llegó a ser un hombre de buena noticia, de compasión y justicia para los pobres y víctimas como Jesús. Como dice alguien que lo conoció de cerca y muy bien, el padre Jon Sobrino:

10. La homilía puede verse en S. Carranza *et alii*, *XXV Aniversario de Rutilio Grande. Sus homilias*, San Salvador, 2002, pp. 73-86.

11. Véase Z. Diez y J. Macho, *Dos años de la vida de Monseñor Romero (1975-1976)*, 1994, p. 151.

Monseñor, en efecto, amó a su pueblo, y nadie recuerda a alguien que lo haya amado más que él. Eso es lo que ponía en palabra todos los domingos. Pero esa palabra fue también una palabra lúcida. Sin ser teólogo profesional, pensó las cosas a fondo. Y fue una palabra pastoral y creativa, pronunciada en la historia concreta para rechazar caminos concretos del mal y animar a recorrer concretos caminos del bien. Fue, pues, y de manera eximia, “maestro y pedagogo”.¹²

El mismo Jon Sobrino, en la presentación de las Cartas Pastorales de monseñor Romero, dice que “la temática fundamental [de su magisterio], dicho en síntesis, pensamos que fue la siguiente: la Iglesia y su relación salvadora con el pueblo, tomando absolutamente en serio la realidad histórica de aquellos años”¹³.

Basta con leer las homilías de monseñor Romero a partir de 1977 para captar que su visión de Iglesia pasa a ser inclusiva. Todos son Iglesia, todos son responsables de llevar adelante el seguimiento y el testimonio de Jesús. Y él, en medio de esa Iglesia, no es una autoridad para mandar, ser obedecido, dictar órdenes, sino para servir, estar con su pueblo, compartir con su pueblo esa autoridad que viene solamente de Dios y de su Santo Espíritu.

Es impresionante ver cómo ningún sector eclesial queda fuera del celo pastoral del obispo: laicos, catequistas, mujeres. Todos son llamados, convocados a ser, en la historia y en el mundo, esa señal poderosa y fiel del Evangelio, no falsificando la Palabra, sino asumiéndola con valor y asumiendo sus consecuencias hasta el final. Me impresionan especialmente algunas de sus palabras, que, no sin emoción, voy a citar¹⁴.

Las que pronuncia poco después del asesinato del padre Rutilio, él mismo emocionado, sobre la importancia del papel de las madres cristianas:

Yo quiero decirles a todos ustedes, hermanos, radioyentes, presentes en la catedral, que aun cuando se nos callaran todos los medios de comunicación social, siempre quedaría un gran micrófono en el mundo: la madre cristiana (...) La madre es como el sacramento del amor de Dios. Dicen los árabes que Dios, como no lo podemos ver, hizo a la madre que podemos ver y en ella vemos a Dios, vemos el amor, vemos la ternura (...) ¡Cuánto podría el influjo de la madre, de la esposa, en el hombre político, en el hombre de gobierno, en el capitalista, en el empresario! Se humanizarían las relaciones humanas,

12. J. Sobrino, “El Monseñor Romero ‘maestro y pedagogo’”, *Adital*, marzo 2007. Disponible en <http://www.adital.com.br/site/noticia2.asp?lang=ES&cod=26872>.

13. *Cartas Pastorales y discursos de Monseñor Romero*, Cuadernos Centro Monseñor Romero, número 18, San Salvador, 2007, p. 5.

14. Las citas están tomadas de la edición crítica de sus homilías que publicó UCA Editores, de 2005 a 2009.

si las madres influyeran más en el corazón de los hombres. (8 de mayo de 1977¹⁵.)

Las que pronuncia en 1979, cuando ya los muertos en El Salvador se han multiplicado exponencialmente —entre ellos, muchas mujeres— y cuando las amenazas contra su vida se hacen más concretas y terribles:

Que cada cristiano, que cada miembro de esta Iglesia, que todos, al igual que María, como ella, sepamos enjugar lágrimas y consolar tristezas, pero, como ella también, valiente en su profesión profética, sepamos desenmascarar el mal y reclamar contra las injusticias, porque la redención de los hombres, según el cántico mismo de la Virgen, está ligada a la justicia que los hombres hagamos en la tierra y al respeto que aquí tributemos a la verdad de Dios. (15 de julio de 1979¹⁶.)

También a partir del ejemplo de María, monseñor Romero anima a todos los bautizados a considerarse miembros plenos del pueblo de Dios y a asumir plenamente los desafíos de la historia, a entrar en conflictos, asumiendo las consecuencias de su bautismo, viviendo plenamente el seguimiento de Jesús y tomando sobre sí el peso del anuncio de su Evangelio.

María, pues, tanto para ustedes, pueblo de Dios... es una laica. María no es sacerdote ni religiosa, María es una esposa, María es una madre de familia, María es una mujer seglar. Allí estuviera, sentada en las bancas de la catedral, como una de estas mujeres que me escuchan, y yo no la distinguiría. Pero su corazón, lleno de este carisma profético, absorbía las palabras del gran Profeta, Jesucristo, su Hijo, para realizarlas con el amor, con la fe, la caridad, con la valentía y la entereza con que un seglar tiene que ser profeta también en el ambiente en que le toca vivir. (20 de julio de 1979.)

De igual modo, consideraba al laico responsable de la construcción de la Iglesia y del proyecto de Dios, el Reino, en igualdad de condiciones, aunque con un carisma diferente, que el sacerdote y el obispo. Así lo dijo en esta bella homilía del año 77:

Qué hermoso será el día en el que cada bautizado comprenda que su profesión, su trabajo es un trabajo sacerdotal. Que así como yo voy a celebrar la misa en este altar, cada carpintero celebrará su misa en su banco de la carpintería, cada hojalatero, cada profesional, cada médico con su bisturí, la señora del mercado en su puesto, están haciendo un oficio sacerdotal. Cuántos motoristas sé que escuchan esta palabra allá en sus taxis; pues tú, querido

15. Sobre este y otros comentarios sobre la mujer en la vida de Mons. Romero, véase el bello texto de M. P. Silveira, *La mujer en el pensamiento de Mons. Romero. Reflexión desde lo femenino en el 30 aniversario de su martirio*.

16. *Ibidem*.

motorista, junto a tu volante, eres un sacerdote si trabajas con honradez, consagrando a Dios ese tu taxi, llevando un mensaje de paz y de amor a tus clientes que van en tu carro. (20 de noviembre de 1977.)

Pero así como llamaba a todos a la plena responsabilidad eclesial, así denunciaba la acomodación y la alienación de muchos en relación a su responsabilidad eclesial e histórica.

Una religión de misa dominical, pero de semanas injustas, no gusta al Señor. Una religión de mucho rezo, pero con hipocresías en el corazón, no es cristiana. Una Iglesia que se instalara solo para estar bien, para tener mucho dinero, mucha comodidad, pero se olvidara del reclamo de las injusticias, no sería la verdadera Iglesia de nuestro divino Redentor. (4 de diciembre de 1977.)

Monseñor Romero, fiel a su lectura de la historia desde la mirada de la fe iluminada por el Evangelio de Jesús, sabía también, e inseparablemente, que asumir esa visión y esa vivencia de Iglesia lleva consigo serias consecuencias. La más seria, la más dolorosa, pero también la más luminosa y consoladora, es la persecución.

Ya desde los comienzos del cristianismo los discípulos comprendieron, según las enseñanzas del Maestro, que serían perseguidos si permanecían fieles en su proceder y en su testimonio. El mundo los odiaría como había odiado a Jesús y los perseguiría implacablemente. Por el contrario, si eran aplaudidos y alabados por los poderosos de la sociedad, deberían desconfiar de su cristianismo. Sería señal de que su testimonio era débil y no seguía fielmente los pasos del Maestro y Señor, a quien debían aspirar asemejarse. Así entendió monseñor Romero el torrente de amenazas, persecuciones y sufrimientos que cayeron sobre él y la Iglesia salvadoreña que lo acompañaba y apoyaba, y buscó alentarla con su palabra y su cariño de pastor.

Aun cuando se nos llame locos, cuando se nos llame subversivos, comunistas y todos los calificativos que se nos dicen, sabemos que no hacemos más que predicar el testimonio "subversivo" de las bienaventuranzas, que le han dado vuelta a todo para proclamar bienaventurados a los pobres, bienaventurados a los sedientos de justicia, bienaventurados a los que sufren. (11 de mayo de 1978.)

Muchos quisieran que el pobre siempre dijera: "Es voluntad de Dios que así viva". Y no es voluntad de Dios que unos tengan todo y otros no tengan nada. No puede ser de Dios. De Dios es la voluntad de que todos sus hijos sean felices. (10 de septiembre de 1978.)

Así también la Iglesia, si sigue de veras a su Señor, no puede ser aprobada y aclamada por todos. La persecución real y la disposición a sufrirla es, y siempre

ha sido, la “verificación más clara del seguimiento de Jesús”¹⁷. Monseñor Romero lo sabe y a eso exhorta abundante y elocuentemente a sus fieles.

Una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de las cosas de la tierra, tenga miedo, no es verdadera Iglesia de Jesucristo. (11 de marzo de 1979.)

No es un prestigio para la Iglesia estar bien con los poderosos. Este es el prestigio de la Iglesia: sentir que los pobres la sienten como suya, sentir que la Iglesia vive una dimensión en la tierra, llamando a todos, también los ricos, a la conversión y salvarse desde el mundo de los pobres, porque ellos son únicamente los bienaventurados. (17 de febrero de 1980.)

Una Iglesia que incluye a todos y que toma su lugar decididamente al lado de los pobres, compartiendo su destino amenazado, necesariamente molesta y amenaza. Y, por lo tanto, tiene que ser neutralizada. Si esa Iglesia tiene al frente, apoyándola y guiándola, a su obispo, este es el más vigilado y el que tiene que ser más amenazado por las fuerzas represivas. Servirá de ejemplo a los demás.

3. Romero, mártir de Jesucristo, testigo de la justicia y de la verdad

Después de estas denuncias al poder político-económico que se creía dueño de El Salvador, los días del pastor estaban contados. Él lo sabía. Y lo decía claramente. Es conocido cuántas veces anunció su muerte cercana. Nos recuerdan los anuncios de la pasión hechos por Jesús de Nazaret y que recogen los Evangelios¹⁸. Con mucha claridad afirmó en la homilía del 8 de julio de 1979:

Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el diario, no nos dejaran hablar, nos mataran a todos los sacerdotes y al obispo también, y quedarán ustedes, un pueblo sin sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta.

Durante un retiro de cuatro días con un grupo de sacerdotes de la Vicaría de Chalatenango, anotó en su diario espiritual estas líneas, en las cuales confiesa su temor a una muerte violenta y la respuesta de su confesor, el P. Azcue:

Mi otro temor es acerca de los riesgos de mi vida. Me cuesta aceptar una muerte violenta, que en estas circunstancias es muy posible, incluso el señor Nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana. El padre me dio ánimo, diciéndome que mi disposición debe ser dar mi vida por Dios, cualquiera que sea el fin de mi vida. Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de Dios. Él asistió a los mártires y, si es necesario, lo

17. J. Sobrino, *óp. cit.*

18. *Cfr.* Mc 8, 31; 9, 31; 10, 33.

sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro. Pero que más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para él.¹⁹

Dos semanas antes de su muerte, en una entrevista al diario *Excelsior*, de México, dijo:

He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

Como pastor, estoy obligado, por mandato divino, a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquéllos que vayan a asesinarme. Si llegan a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador.

El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad.

Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan.

En la homilía del 23 de marzo, se dirige explícitamente a los hombres del Ejército, de la Guardia Nacional y de la Policía:

Ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios, que dice: "no matar". Ningún soldado está obligado a obedecer a una orden contra la ley de Dios (...). En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!

Serán las últimas palabras del obispo al país. Al día siguiente, es asesinado por un francotirador, mientras celebra la eucaristía en la capilla del Hospital de la Divina Providencia. Selló su testimonio con sangre, como Jesús y todos los mártires cristianos. Sin embargo, su muerte no puede ser desconectada de su vida. Fue el sello coherente con ella. Para entender el alcance de la muerte de monseñor Romero y afirmar que es realmente un martirio, hay que ver cómo vivió. El modo como vivió, su historia de vida, ilumina y hace que su muerte cobre todo su sentido. Y a la inversa. Su muerte confirma y legitima todo aquello por lo que luchó en vida.

19. "El último retiro espiritual de Monseñor Romero", *Revista Latinoamericana de Teología* 13 (1988), p. 6.

Así fue con Jesús. Y con tantos y tantas que, en el seguimiento del Maestro, no quisieron ser más que Él y sufrieron las mismas persecuciones que Él. Así fue con los profetas, que siempre fueron perseguidos en la historia de Israel por ser molestos para los que detentan el poder. Jesús se comprendió como uno de ellos y fue reconocido como el más grande de todos. Se encamina resueltamente hacia Jerusalén, donde sabía que lo esperaba el enfrentamiento definitivo y la muerte. Pero no convenía que un profeta muriera fuera de Jerusalén²⁰.

Romero es un mártir. El mártir es “maestro” por la intensidad de su enseñanza. Y esa intensidad otorga un resplandor especial al contenido de lo que enseña²¹. La enseñanza de monseñor Romero se puede ver en el mismo testimonio de su vida de cada día, dedicada integralmente al servicio de su pueblo, pero también en sus homilías llenas de fuego y de pasión, en sus cartas pastorales llenas de cariño paternal por las ovejas que estaban a su cargo en El Salvador, en sus declaraciones a la prensa nacional e internacional.

Romero es un mártir porque recibe el martirio como un don. La muerte violenta por fidelidad a Jesucristo y su Evangelio puede ser aceptada, pero no buscada. Esta es la diferencia con otros que aceptan tanto morir como matar. No se trata de la muerte del kamikaze, ni del suicida, ni del hombre-bomba. Tampoco de Sócrates, que bebe tranquilamente su veneno delante de sus discípulos. Todos estos, de algún modo, van ellos a la muerte. El mártir, en cambio, la recibe pasivamente. Lo único que hace es no apartarse de su camino y no perder la lucidez sobre la historia que le es dada desde su fe. También en eso es como Jesús de Nazaret²².

Romero es un mártir porque “da fe”, atestigua, testimifica aquello en que cree. Y además, genera fe. Su testimonio es creíble y digno de fe²³.

También en eso es como Jesús, testigo fiel y digno de fe. A raíz del testimonio de monseñor Romero, más de un salvadoreño se decidió a seguir la vida religiosa, o a llevar una vida más coherente con su bautismo, o a luchar decididamente contra la pobreza y la injusticia de su pueblo²⁴. El martirio fue un don de Dios para él y él fue un regalo y un don para el pueblo de Dios²⁵.

4. La fe de monseñor Romero: aliento de su vida y causa de su muerte

Al acercarnos al final de estas reflexiones, creo que bien podemos decir que lo que mató a monseñor Romero fue su fe y su manera de vivirla, coherente y

20. Cfr. Lc 13, 33.

21. Cfr. J. I. González-Faus, *Calidad cristiana, óp. cit.*, p. 90.

22. Cfr. *ibíd.*, p. 92.

23. *Ibidem*.

24. Cfr. testimonios *ibídem*.

25. Cfr. *ibíd.*, p. 93.

radicalmente, en el momento histórico en que le tocó vivir. Él no fue un subversivo, ciertamente, pero lo que dijo e hizo tuvo un alcance subversivo, porque tocaba el nervio de los problemas económicos, sociales y políticos que hacían de la vida de su amado pueblo un vía crucis de dolor e inseguridad.

La experiencia de Dios de monseñor Romero es inseparable de su experiencia histórica de hombre, de sacerdote, de obispo, de salvadoreño. Dios para él se revelaba en medio de la historia, como para Moisés, los profetas, Jesús de Nazaret, Pablo de Tarso y toda una nube de testigos que lo han precedido. La fe lo interpela en el tiempo y en el espacio en que se sitúa, y desde ahí lo convoca. Y monseñor responde con toda su vida, con todo su ser, con todo lo que es y tiene.

Se nota con claridad en todo lo que dice y escribe. La revelación de Dios se apodera de él en la historia, en medio de lo impredecible, lo provisorio, lo contingente, es decir, en la trama de la historia.

¿Por qué caminos viene Dios a la historia? ¿Por qué caminos voy a encontrar yo, concretamente, a ese Dios que viene a salvar? ¿Por qué caminos, El Salvador, en esta encrucijada, en este callejón sin salida, va a encontrar la salvación en ese Dios? ¿O es que se van a reír de nosotros, como se reían de los cristianos a los que escribió San Pedro? ¡No, hermanos! No es ilusión. Dios viene y sus caminos son bien cercanos a nosotros. Dios salva en la historia, en la vida de cada hombre, que es su propia historia; allí sale Dios al encuentro. ¡Qué satisfacción saber que no hay que irlo a buscar al desierto, no hay que irlo a buscar a tal o cual punto del mundo! Dios está en tu propio corazón. “El Reino de Dios está en vuestros corazones”, decía Cristo. Allí están los caminos de Dios: son los caminos de la historia, son los caminos concretos de nuestra vida nacional, familiar, privada. (10 de diciembre de 1978.)

En esta breve cita de monseñor Romero, en una homilía de Adviento, está toda la teología de Rahner. No hay dos historias. Hay una sola historia, y esta es la historia de salvación. O nos salvamos en esa historia, o es inútil buscar otra historia. Es en la historia donde se debaten, sufren, luchan, se alegran, los hombres y mujeres concretos y reales. Y en ningún otro lugar Dios viene a nuestro encuentro. O lo encontramos ahí o es inútil buscarlo en otro lugar. O hacemos su experiencia metidos de lleno en esa historia, con sus desgracias y dolores, problemas y desafíos, o pasaremos la vida alienándonos en cosas que no llevan a nada, y buscándolo donde Él no está y nunca estará.

Monseñor Romero nos muestra cómo su teología está en sintonía con toda la teología conciliar e incluso postconciliar. Es una teología dinámica que tiene en su centro a un Dios que nada tiene que ver con el Dios estático de una determinada teología clásica que se alejó de tal forma del drama humano que parecería que las pobres criaturas ya no podían hablar con el Creador. No. La teología de Romero siente a un Creador bien cercano a sus criaturas. Y siente y sabe que en

la plenitud de los tiempos el mismo Creador envía a su Hijo a poner su tienda en una historia conflictiva y pecadora, despojándose de sus prerrogativas, pobre entre los pobres, uno de tantos, obediente hasta la muerte en la cruz. Y este es el misterio mayor, la sorpresa más grande a la que nunca nos podemos acostumbrar para que nunca dejemos de maravillarnos, de sorprendernos con el deslumbrante misterio que es el amor de Dios por nosotros, nuestra pobre condición humana, tan frágil y tan dignificada por su gracia.

Dios es vida, Dios es evolución, Dios es novedad, Dios va caminando con la historia del pueblo y el pueblo creyente en Dios no debe aferrarse a tradiciones, a costumbres, sobre todo cuando esas costumbres y esas tradiciones empañan el verdadero Evangelio de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Tiene que estar siempre atento a la voz del Espíritu. Convertirse, ir en pos de ese Evangelio, de ese llamamiento del Señor. Todo aquél que se sienta seguro y que crea que no tiene necesidad de cambiar, es fariseo, es hipócrita, es sepulcro blanqueado; está muy seguro, pero sabe su conciencia qué reclamos le está haciendo. (11 de junio de 1978.)

Y monseñor Romero ve muy bien que la presencia de Dios en la historia no es neutral. “Dios habla desde la historia”²⁶. Y aquí se da la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o servimos a los ídolos de la muerte... Donde el pobre comienza a vivir, donde el pobre comienza a liberarse... donde los hombres son capaces de sentarse alrededor de una mesa común para compartir, allí está el Dios de la vida. Por ello cuando la Iglesia se inserta en el mundo sociopolítico para cooperar a que de él surja vida para los pobres, no está alejándose de su misión ni haciendo algo subsidiario y supletorio, sino que está dando testimonio de su fe en Dios, está siendo instrumento del Espíritu, Señor y dador de vida. “Esta fe en el Dios de la vida es lo que explica lo más profundo del misterio cristiano”, decía monseñor Romero el 2 de febrero de 1980²⁷, un mes antes de su muerte.

Y proseguía con claridad lúcida, serena y transparente:

Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aun la propia vida. La mayor muestra de la fe en un Dios de vida es el testimonio de quien está dispuesto a dar su vida: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por su hermano” (Jn 15, 13). Y esto es lo que vemos a diario en nuestro país. Muchos salvadoreños y muchos cristianos están dispuestos a dar su vida para que haya vida para los pobres.

La fe de monseñor Romero no estaba desconectada de la vida real, de la historia de su pueblo. Era indisociable de él y de ella. Por eso su Dios —como

26. 18 de febrero, 1979.

27. *Cartas pastorales y discursos*, p. 190.

el Dios de Israel, el Dios de Abrahán, de Isaac, de Jacob, el *Abba* de Jesús— no era una divinidad inalcanzable en su cielo que exigía rituales interminables para aplacar su ira o contentar su apetito, sino el Dios humilde y cercano, apasionado, de entrañas vulnerables, que camina con su pueblo y hace historia con él, que lo primero que dice en la historia es que “baja” porque no soporta ver a su pueblo sufriendo en manos de los egipcios.

La transcendencia —sin perder nada de su eternidad e inefabilidad— para monseñor Romero es inmanente, es histórica, es vulnerable, es con-descendiente. Y solo puede ser encontrada con verdad en las situaciones humildemente concretas donde están implicadas la felicidad, la vida, la supervivencia de los seres humanos amados por Dios. ¿Qué es la transcendencia? Decía monseñor Romero:

Yo creo que hasta repito demasiado esta idea, pero no me cansaré de hacerlo porque corremos mucho el peligro de querer salir de las situaciones inmediatas con resoluciones inmediatas y nos olvidamos que los inmediatismos pueden ser parches, pero no soluciones verdaderas. La solución verdadera tiene que encajar en el proyecto definitivo de Dios. Toda la solución que queramos dar a una mejor distribución de la tierra, a una mejor administración del dinero en El Salvador, a una organización política acomodada al bien común de los salvadoreños, tendrá que buscarse siempre en el conjunto de la liberación definitiva. (23 de marzo de 1980.)

5. Conclusión

Un testigo de Jesucristo no es un superhéroe hecho de fuerza indómita y desprovisto de cualquier miedo. Se trata de un ser humano con limitaciones, pobre y vulnerable, lleno de fragilidades como cualquier otro. Monseñor Romero tembló ante la amenaza que crecía sobre él. Como Jesús, también tembló, sintió angustia, miedo y pavor, tal como nos narra el Evangelio.

Siendo cristiano, sacerdote y obispo, caminaba en la fe y no en la visión beatífica. No sabía todo, no controlaba los procesos en sus manos. Y sentía muy bien que había muchas cosas que escapaban a su control. Para bien y para mal. Por un lado, sentía que crecía el conflicto que decidía su muerte y aumentaba su presión sobre él. Por otro lado, confiaba amorosa y radicalmente en el Dios a quien entregaba su vida.

Deseo terminar citando algunas reflexiones que escribió en sus últimos ejercicios espirituales. En ellas podemos ver a un hombre profundamente humano, luchando con su fragilidad, pero volviendo todo su ser hacia el Dios en quien cree y buscando entregarse a Él por entero. Lo hace de manera tan radical que renuncia incluso a sugerir al Señor la intención por la cual ofrece su vida. Le deja a Él, que es Señor de la historia, ese cuidado.

Esas notas, escritas en febrero de 1980, un mes antes de su muerte, nos muestran a un monseñor Romero que ha llegado a una síntesis plenamente madura entre fe y vida, fe e historia. Se trata de un hombre con los pies bien plantados en el suelo por donde corre la vida de su pueblo pobre y desvalido, y que desde ahí ofrece toda su vida a Dios con confianza y fe adultas, maduras, sólidas.

En esas palabras se siente la intuición de alguien que sabe que ha llegado su hora y que deposita totalmente su confianza, su persona y su vida misma en manos del Dios que reconoce como su Creador y Señor. Ya hemos visto su diálogo con el padre Azcue sobre el miedo a su muerte. Terminamos ahora con unas palabras de total confianza en su Dios:

Así concreto mi consagración al Corazón de Jesús, que fue siempre fuente de inspiración y alegría cristiana en mi vida. Así también pongo bajo su providencia amorosa toda mi vida y acepto con fe en Él mi muerte, por más difícil que sea. Ni quiero darle una intención como lo quisiera por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia... porque el corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera. Me basta, para estar feliz y confiado, saber con seguridad que en Él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados, en Él he puesto mi confianza y no quedaré confundido, y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria.²⁸

No hay aquí ni pizca de orgullo, de presunción, de fervor inmoderado. Solo la profunda humildad de un testigo que se sabe seguidor y confía en que no será desamparado. Es un hombre que no se cree imprescindible y confía en que otros tomarán su legado y lo llevarán adelante. Es un cristiano lleno de esperanza.

Ojalá estas palabras puedan acompañarnos en estos tiempos que vivimos, en los cuales a veces la tentación del desánimo nos ronda con los terribles sucesos de nuestra historia, con los cambios desconcertantes de una cultura que parecemos no entender más, con rumbos en la Iglesia que nos cuesta aceptar. Que nuestra fe, siguiendo el ejemplo de monseñor Romero, pueda estar bien anclada en la historia, pero muy consciente de encontrar su fuente y su destino en Aquél que tiene en sus manos las riendas de la historia y que prometió acompañar siempre a su pueblo.

28. "El último retiro espiritual de Monseñor Romero", *óp. cit.*, pp. 6-7.